

EDITORIAL

EL DIALOGO EN EL SALVADOR, COMO PRINCIPIO DE SOLUCION POLITICA

El diálogo no es en El Salvador una bella palabra genérica y humanista. Es una propuesta concreta que implica unos interlocutores precisos con temas determinados y un objetivo claro. Es el diálogo entre las partes involucradas en el conflicto que quieren discutir aquellas condiciones mínimas que fueran suficientes para terminar con la violencia y empezar la difícil tarea de la reconstrucción moral, económica y política de El Salvador. Más aún el diálogo no es sólo en las actuales circunstancias una idea presentada por muchos y cualificados sectores como vía de solución sino que es también una propuesta en firme presentada por el FDR-FMLN al gobierno de El Salvador, al Alto Mando y al Presidente de la Asamblea Constituyente, único de los tres que no la quiso recibir, a pesar de ser presentada por la mediación de dos obispos salvadoreños. Caben desde luego otras formas prácticas de iniciar el diálogo pero ya tenemos una, que tiene la ventaja de comprobar que una de las partes desea terminar con la parte más dura del conflicto precisamente por el diálogo y no por las armas.

Ante esta situación es menester responder lúcida y objetivamente a unas cuantas cuestiones fundamentales: ¿Es necesario el diálogo? ¿Es posible el diálogo? ¿Entre quiénes debe darse? ¿Sobre qué debe versar?

1. La necesidad del diálogo

Pocos, si es que alguien, dejan de ver que la situación de El Salvador es crítica, agónica y que, consiguientemente, urgen me-

didadas inmediatas y radicales para salir de ella. Podrá disimularse esa situación con apariencias feriales y festivas, con quitar los ojos de la realidad y ponerlos en múltiples accidentes y apariencias menos hoscas. Pero para quien quiera mirar de frente a la realidad no cabe duda de que la situación es catastrófica. Nos acercamos ya a los 40,000 civiles "asesinados" en razón de la lucha fratricida; sobrepasamos el medio millón de salvadoreños que han huido al extranjero; sigue la guerra que ha causado no menos de 4,000 bajas entre la Fuerza Armada, de ellas más de 1,500 mortales, y unas 2,000 bajas en el FMLN, de ellas más de 800 mortales; gran parte del país pasa la mayor parte del tiempo sin energía eléctrica y con las comunicaciones casi estranguladas; todos los índices económicos van a la baja de modo alarmante, con excepción de los gastos que origina la guerra; el desempleo supera el 50% de la población potencialmente activa, el presupuesto nacional, a pesar de la inflación que este año alcanzará un 30%, va a reducirse en 200 millones de colones, las reservas de divisas han quedado agotadas, el colón ha quedado devaluado en la práctica y sigue devaluándose en una medida que pronto alcanzará el cien por ciento; sigue el estado de sitio que permite la vigencia de decretos inhumanos que hacen imposible un mínimo de respeto a los derechos humanos y un margen respetado para el pluralismo político, para la actividad sindical, la organización popular o simplemente para la libertad de reunión o de expresión...

No es necesario extenderse en razones y pruebas de por qué es urgente salir de una situación intolerable, que está destruyendo no sólo a los salvadoreños, sino a El Salvador; no sólo a determinados grupos sociales, sino a la nación entera. Es necesario salir. Pero ¿es necesario el diálogo entre las partes enfrentadas en el conflicto, entre el gobierno, el Alto Mando y la Asamblea Constituyente por un lado, y el FDR-FMLN por otro lado? ¿O puede resolverse pronto el conflicto mediante otro instrumento principal de pacificación distinto del diálogo entre las partes involucradas en él?

Para responder objetivamente a estas preguntas cruciales hay que tener en cuenta los siguientes hechos. En primer lugar, el enfrentamiento principal se da efectivamente entre los actuales representantes y gerentes del poder estatal (Alto Mando, Asamblea Constituyente y gobierno) y los representantes y gerentes del poder revolucionario FMLN y FDR; podrá calificar cada uno como quiera este hecho y a las partes involucradas en él, pero esa calificación no desvirtúa en nada el hecho mismo. En segundo lugar, la guerra, tanto en el campo militar, como en el del sabotaje, como en el del terrorismo de derechas no sólo es algo irracional e inhumano sino que comprobadamente no ha traí-

do la solución al conflicto mismo y no se prevé que la traiga en un plazo previsible, que no suponga la destrucción casi total del país. En tercer lugar, otras soluciones políticas, como las de las elecciones, los pactos al interior de quienes representan y gestionan el poder del Estado, no han resuelto el problema de la guerra ni apenas han aliviado la situación del país, que si en lo político ha mostrado una cierta mejoría, en lo económico, en lo social, en el respeto a los derechos humanos no la ha mostrado. Estos tres hechos fundamentales, a los que se añade la voluntad declarada de una de las partes de terminar con el conflicto por la vía del diálogo, llevan a la conclusión lógica de que el diálogo puede ser un avance en la solución del conflicto y que no se vislumbra ningún otro instrumento político capaz de resolverlo en un plazo de pocos meses.

Los argumentos que el FDR y el FMLN han dado en su propuesta del diálogo afirman que ellos están llevando una guerra justa y legítima para conseguir sus derechos fundamentales, que esa guerra está trayendo, sin embargo, gravísimas pérdidas de vidas y una gran destrucción del patrimonio nacional, que esa guerra con el intervencionismo norteamericano amenaza seriamente la paz de la región, que muchas personalidades e instituciones de primera importancia piden una solución negociada para el conflicto salvadoreño, que nuestro pueblo ha expresado voluntad de paz. Por todo ello considera que un ofrecimiento de diálogo directo y sin condiciones previas es el mejor camino para responder a la voluntad popular y para terminar con los males de la guerra.

De todo ello debe concluirse que la salida del diálogo hay que emprenderla, por más que los mecanismos del diálogo sean discutibles. Es necesario emprender la vía del diálogo que pueda terminar con la guerra e iniciar la reconciliación.



2. La posibilidad del diálogo

Lo que es necesario debería ser siempre posible. Pero el argumentar en favor de la necesidad no nos exime de investigar la posibilidad del diálogo. Si se demostrara su imposibilidad habría que concluir, dada la premisa de su necesidad, que la solución del país es también imposible por un largo espacio de tiempo.

Si uno oyera sólo los razonamientos de la extrema derecha, unas veces puestos en boca del gran capital y otras en boca de partidarios de ARENA, pensaría que el diálogo es imposible (con ellos) y es indeseable (para ellos). Veámos brevemente su argumentación, tomando para ello el documento más elaborado, el publicado por Alianza Productiva. En primer lugar unifican la propuesta de diálogo con la de negociación, que son dos cosas muy distintas, con lo cual su argumentación contra el diálogo queda muy debilitada. Desde esa perspectiva confusa argumentan así: es una maniobra para ganar tiempo, estabiliza el conflicto para fortalecer al gobierno marxista de Nicaragua, es una pantalla para encubrir las verdaderas intenciones agresivas, es un instrumento de lucha y un arma política o intelectual, es un método de ocultamiento de la verdad, es el arma política que necesitan, pues, no pueden ganar militarmente la guerra, desmoraliza a la tropa y a la ciudadanía; el diálogo fue rechazado cuando la guerrilla pensó que podía triunfar militarmente en 1980 y es una propuesta impulsada por la Internacional Socialista y por los gobiernos de México, Venezuela y Francia; tiene objetivos nefastos como son el dividir a las fuerzas democráticas y a los sectores del gobierno y de la Fuerza Armada, debilitar internacionalmente al gobierno al presentarlo como partidario de medios violentos así como a todos los que se oponen al diálogo y que aparecen como contrarios a los métodos lógicos y civilizados, debilitar la moral de los oficiales y soldados y aun de los sectores productivos que sostienen la actividad económica. En consecuencia, quienes dan cualquier forma de apoyo a la idea del diálogo ponen "en situación de peligro la existencia de nuestro país como Estado Libre y Soberano".

Esta posición de Alianza Productiva, es decir, de gran parte del capital salvadoreño es también la defendida por el partido que representa a ese capital, ARENA, quien pretendió conseguir de la Asamblea Constituyente el rechazo oficial de la propuesta de diálogo. Para este poderoso sector el diálogo, lejos de ser necesario, es indeseable y contraproducente, no es posible. Su disposición subjetiva para emprenderlo, no sólo no se da, sino que se da la disposición subjetiva contraria de imperdirlo. Sólo admitirán conversaciones con los subversivos "cuando éstos de-

pongan las armas, para participar en el proceso democrático del país". La conclusión sería que el diálogo es imposible y la guerra, por consiguiente, necesaria.

*Pero, ¿prueban sus argumentos tal conclusión? No. Sus argumentos muestran cuáles son sus intereses, cuáles son sus temores y muestran también cuáles son los peligros reales —algunos de ellos— que puede traer consigo el diálogo. Hay riesgos, sin duda, pero como decía el editorial del **The New York Times** del 28 de octubre de 1982: **risk for risk, the opposition's good faith deserves a test.** ("La oposición merece una oportunidad, tenidos en cuenta los riesgos que pueden correrse"). ¿Por qué no probar, cuidando de evitar los riesgos? ¿Por qué no sacar provecho de esta disposición nueva de la oposición? Evidentemente, la oposición no se va a contentar con migajas, pero tampoco va a exigir máximos imposibles. Los que aseguran que la oposición quiere el diálogo porque no puede alcanzar un triunfo militar, ignoran el reverso del argumento. Efectivamente, si el triunfo militar les iba a dar el poder total, a través del diálogo sólo podrán tener el poder parcial que les corresponda y que vayan conquistando por los caminos de la paz. Y esto es una gran ventaja, no sólo porque así se termina con la guerra, sino porque se evitan posiciones extremistas para las que el país y la región no están preparados.*

*Es difícil que **Alianza Productiva** y **ARENA** acepten el diálogo, ya no digamos la negociación. Pero si miramos atrás veremos que tras esos nuevos nombres están los mismos que en 1970 se opusieron a las propuestas del Congreso de Reforma Agraria tenido en la Asamblea Legislativa y bajo su patrocinio; los mismos que en 1973 impidieron el primer leve intento de reforma agraria de la Fuerza Armada y del gobierno del coronel Molina los mismos que en 1976 llevaron a cabo una violenta ofensiva contra el primer proyecto de transformación agraria; los mismos en fin que en 1979 vieron con muy malos ojos las reformas de la juventud militar. Hoy, en 1982, se oponen al diálogo. Si todos aquellos pasos no hubieran sido impedidos, si no se hubieran manipulado fraudulentamente las elecciones presidenciales de 1972 y 1977, es muy posible que hoy no estuviéramos donde estamos. Hay una tremenda responsabilidad histórica comprobable y una ceguera que no acaba de curarse, como si no hubiera pasado nada en estos tres últimos años, o quizá cinco últimos años, cuando con el fracaso de la transformación agraria la extrema derecha entró decididamente por el camino de la violencia. Aun cuando ese sector así lo pensara sinceramente, la guerra no es una solución ni nacional ni nacionalista, pues la destrucción física, social y moral ni favorece a la sociedad en su conjunto, ni soluciona los conflictos y las injusticias que la origi-*

La guerra no es una solución ni nacional ni nacionalista, pues la destrucción física, social y moral ni favorece a la sociedad ni soluciona los conflictos y las injusticias que la originan ni propicia la unión de todos los salvadoreños para construir una nación más fuerte e independiente.

nan, ni propicia la unión de todos los salvadoreños para construir una nación más fuerte e independiente, sin verse envuelta en la gran crisis que afecta a toda la región centroamericana, y sin que los otros países del área se inmiscuyan en la solución de nuestros problemas.

Pero si desde Alianza Productiva y ARENA se ve poco posible el diálogo, desde otros partidos no se ve la misma cerrazón. El esfuerzo mancomunado del partido Demócrata Cristiano, de la fracción oficial del partido de Conciliación Nacional y de Acción Democrática, impidió que la propuesta de ARENA contra el diálogo prosperara. Estos partidos no se han declarado públicamente en favor del diálogo, pero han impedido públicamente una declaración oficial en su contra. Tampoco el gobierno negó la posibilidad del diálogo, ni lo hizo tampoco el Alto Mando. Por otro lado, fuerzas sociales no alineadas en el FDR vienen pidiendo desde hace tiempo alguna forma de solución política que incluya de un modo u otro el diálogo y aun la negociación: tal es la posición clara de la Iglesia a través de la conferencia episcopal con la reticencia tan sólo de uno de los obispos, tal es la posición de amplios conglomerados como el representado por la UPD, tal es el resultado que dan las encuestas en muy distintos sectores de la población, tal es también la posición de muchos países extranjeros y de importantes foros internacionales, tal es, en fin, la exigencia de fuerzas religiosas, sociales y políticas cada vez más numerosas en los mismos Estados Unidos, cuyo gobierno parece ahora estar menos cerrado a algún tipo de diálogo.

Es la primera vez que la idea del diálogo ha empezado a calar hondo en la conciencia nacional sin excluir a la propia institución militar, que empieza a preguntarse qué es eso del diálogo y qué ventajas podría tener para terminar con una guerra que se aprecia como interminable, como empantanada, como cruel y costosísima. Las palabras del Papa, que comentábamos en el editorial de ECA de julio último, no han causado todo el efecto que de ellas podría esperarse. Pero ahí están como una semilla esperando la lluvia que las haga fructificar. Y la casi segura venida de Juan Pablo II en el próximo mes de febrero podría ser una ocasión óptima para impulsar un espíritu de reconciliación que haga más posible el diálogo.



3. Los interlocutores del diálogo

“Exhortamos a todas las partes involucradas en el conflicto a que, abandonando toda postura irreductible, se abran a un diálogo sincero...”, dicen los obispos de El Salvador en un mensaje dirigido a todos los salvadoreños. Los obispos señalan la vía del diálogo establecido entre “las partes involucradas en el conflicto”. Una de estas partes es el FMLN y la otra parte es la Fuerza Armada, aunque al FMLN acompañe el sector político del FDR y a la Fuerza Armada le acompañe el sector político que está en el gobierno y que está en la Asamblea. Los interlocutores fundamentales, aunque no exclusivos, en esta coyuntura son los que el Papa Juan Pablo II describe así en el siguiente párrafo: “la metodología de la violencia que ha llevado a una guerra fratricida —situando a un lado a cuantos consideran la lucha armada como un instrumento necesario para conseguir un nuevo orden social, y al otro lado a cuantos recurren a los principios de la “seguridad nacional” para legitimar represiones brutales—, no encuentra una justificación racional y mucho menos cristiana”. Es decir, de nuevo aparecen el FMLN y la Fuerza Armada como responsables de que haya o no violencia y de que la violencia sea de un tipo o de otro en la parte contraria. Si no hay algún modo de acuerdo entre el FMLN y la Fuerza Armada, que son las partes que llevan adelante la guerra, no va a ser posible terminar con ella por los caminos de la paz, por los métodos de la paz y no de la violencia.

Que esto sea así no obsta a que en el diálogo deban participar otros sectores y aun a que el diálogo deba comenzar entre otros sectores. Es evidente que si la actual coyuntura tiene mucho de militar, tiene en el fondo más de social y de político. Por lo tanto, deben ser las fuerzas sociales y políticas las que participen en el diálogo. El diálogo no puede ser militarizado, no puede quedar reducido a quienes cuentan con armas y con la posibilidad de hacer la guerra. En ese sentido es razonable la propuesta del FDR y del FMLN que ofrece un diálogo de políticos y militares de un lado y también de políticos y militares del otro, para después entrar en un diálogo más amplio en el que participen aquellos sectores que no son partes directamente involucradas en el conflicto.

Caben así diversas formas de iniciar el diálogo, que deberían ser determinadas directa o indirectamente por las partes principales involucradas en el conflicto mediante alguna forma de pre-diálogo. Mucho se puede avanzar previamente si las distintas fuerzas sociales van convergiendo en la necesidad del diálogo: sindicatos, movimientos populares, universidades, colegios profesionales, sectores religiosos, grupos empresariales, etc. Pero sólo la aceptación y, en última instancia, la participación de las partes principales involucradas puede acelerar la solución del conflicto salvadoreño. Lo que no se ve de momento como muy factible es el que una de las partes acepte la propuesta de avanzar por el camino de los delegados plenipotenciarios, ni tampoco la propuesta de que se constituya un grupo de buenos oficios. Frente a esta propuesta, la del gobierno se orientará por la Comisión de Paz prevista en el Pacto de Apaneca. ¿Estará constituida de tal manera y con tal autoridad que pueda desempeñarse, aunque sea de modo inicial, como un grupo de buenos oficios, que presente al Gobierno y al Alto Mando proyectos reales de diálogo? No es fácil que así sea, pero no hay tampoco por qué cerrarle las puertas. Hoy por hoy no se ve decisión ni atrevimiento suficientes en el gobierno, en el Alto Mando y en la Asamblea Constituyente como para iniciar ya un diálogo con delegados plenipotenciarios, pero sí pueden apreciarse deseos de avanzar en la línea del diálogo como única forma factible de terminar pronto con los horrores de la guerra y de la destrucción, con la metodología de la violencia para la que ya no se ve justificación racional y cristiana. Recordemos que a la Comisión de Paz la atribuía el presidente Magaña el "propiciar las bases para la pacificación del país a través de mecanismos que faciliten el acuerdo social y, con ello, el reencuentro nacional; al mismo tiempo promoverá la incorporación de todos los sectores políticos y sociales a un proceso de paz, generando la más amplia comunicación de todos los sectores y miembros de la so-

ciudad salvadoreña; buscará el fortalecimiento de la conciencia nacional sobre la necesidad de participar activamente en la búsqueda de la paz y de la democracia". Pero, ¿cómo va a darse acuerdo social y reencuentro nacional sin diálogo? ¿Cómo va a darse la incorporación de todos los sectores sin alguna forma de diálogo? ¿Cómo va a lograrse la comunicación más amplia sin diálogo?

Como quiera que sea, esta Comisión de Paz deberá enfrentar seriamente el estudio de las propuestas más efectivas para traer cuanto antes la paz al país, y podría proponer como una de ellas la del diálogo entre las partes involucradas en el conflicto mediante los mecanismos que estime adecuados. Pueden empezarse a recorrer caminos que lejos de distanciar llevan a converger: las propuestas de diálogo por su propia naturaleza no pueden ser inflexibles. Hoy no se está todavía cerca del acuerdo, pero sí se está más cerca que en los meses pasados; es posible y es deseable que mañana estemos todavía más cerca. El diálogo es posible porque la paz es necesaria y la paz no puede venir ya por el camino de la guerra, ese camino que El Salvador ha recorrido tan dolorosamente dejando a su vera los destrozos de la patria.

4. ¿Sobre qué ha de versar el diálogo?

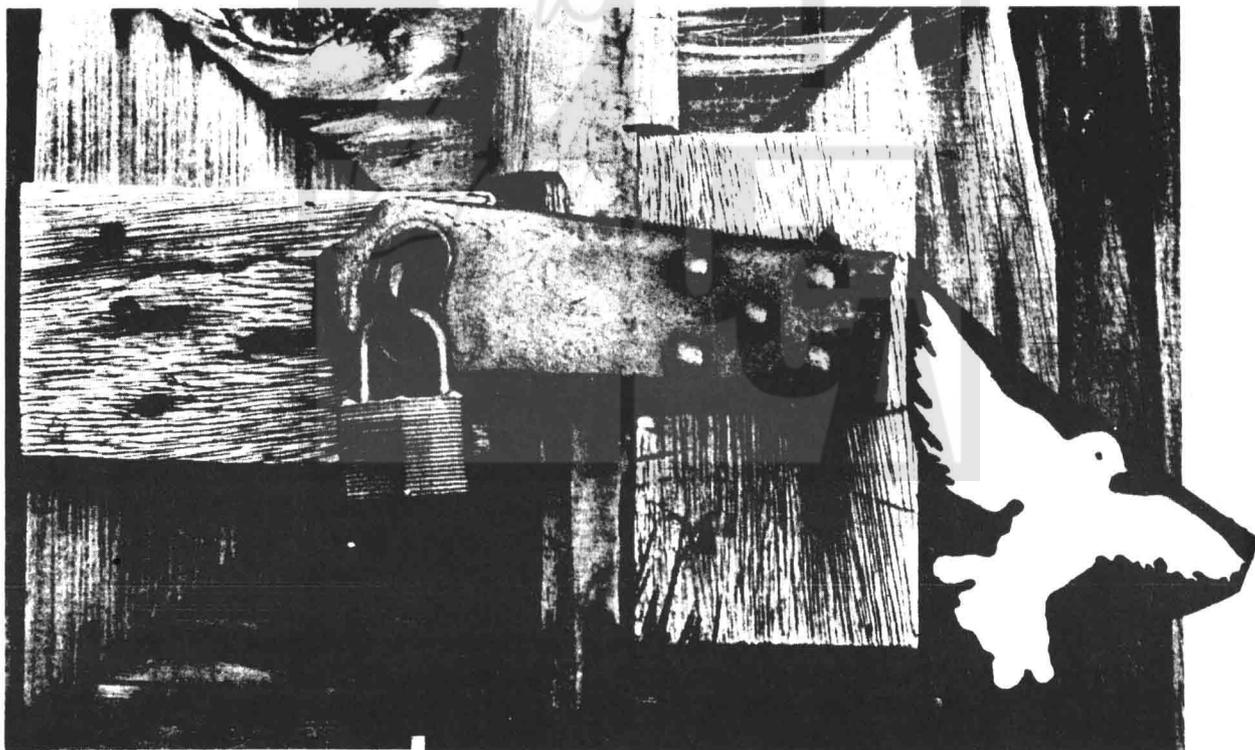
Si se establece un diálogo formal, y mucho más si toma la forma de negociación, es claro que surgirán temas muy complejos, cuya organización y procesamiento exigirían mecanismos complicados, que no son de nuestra incumbencia detallar. Pero por encima de estos mecanismos de índole técnica están los grandes temas que necesitan solución y que las partes involucradas en el conflicto debieran tener muy en cuenta. Tres parecen ser los temas principales en torno a los cuales puedan aglutinarse los demás:

a) Estaría ante todo el problema de la pacificación, primero en su vertiente de terminar con la violencia, y después en su vertiente de conseguir una positiva reconciliación entre todos los salvadoreños. Hay que terminar con la violencia, hay que terminar con la guerra. ¿En qué condiciones unos y otros estarían dispuestos a dejar la violencia, a dejar el método de la guerra? Esta es la cuestión. El cese de la violencia de la guerra y aun de todo tipo de violencia va a exigir condiciones y va a exigir mecanis-

El diálogo va a exigir concesiones cuyos costos pueden ser altos. Pero es importante pensar también en los beneficios de la pacificación profunda, de la democratización auténtica, del reencuentro nacional, de un futuro consolidado en provecho de todos...

mos de control. Sobre esto hay que dialogar porque cualquier otro intercambio de palabras que no tuviera como objetivo el finalizar efectivamente con la guerra podría traer algunas ventajas, pero no la solución del conflicto. El Papa dice: "para unos y para otros, condición indispensable de la reconciliación es el cese de toda hostilidad y la renuncia al uso de las armas". Pero, ¿cómo conseguir esto? Tal vez no es el primer paso que pueda darse, pero sí tiene que ser el paso final y desde cierto punto de vista el principal.

b) Estaría, en segundo lugar, el tema de la apertura política, el tema de la democratización. Y aquí también estamos ante la misma pregunta: ¿Cuáles son las condiciones necesarias mínimas para que el pueblo pueda expresarse, para que pueda llegarse a una autodeterminación popular? La experiencia demuestra que no basta con abandonar las armas para poder entrar en la vida política; gentes que nunca las usaron, gentes que sólo han llevado actividades puramente políticas no violentas aparecen asesinadas, secuestradas, cuando no capturadas por los propios cuerpos de seguridad. Hay, pues, que discutir a fondo las condiciones reales sin las cuales hablar de apertura política, de democratización, de elecciones, es hablar con engaño, hablar, al menos, sin fundamento en la realidad.



c) *Estaría en tercer lugar el tema de fondo que apuntara a la solución de lo que Juan Pablo II, ha llamado la raíz verdadera y profunda de las discordias y de las divisiones, que no es otra que las situaciones de injusticia social. Aquí también surge la pregunta: ¿Cuáles son las condiciones mínimas que puedan suponer el comienzo de una tarea larga que termine para siempre con las raíces estructurales de la injusticia, de la opresión y de la represión, de las que ha surgido el tremendo conflicto actual? Ni el diálogo ni la negociación van a poder dar respuesta adecuada a este gravísimo problema. Pero es claro que quienes se alzaron en armas como "instrumento necesario para conseguir un nuevo orden social" no las van a deponer si no se asegura de algún modo el camino que lleve al nuevo orden social.*

Si sobre estos tres temas se consiguen acuerdos fundamentales y si se logra institucionalizar la puesta en marcha de esos acuerdos, el diálogo, y en su caso la negociación, habrían dado un avance notabilísimo que permitiría mirar con optimismo el futuro de la patria común. Quedarían sin duda muchos problemas por resolver, pero se estaría ya en el camino de resolverlos.

Por eso nos parecen temas capitales, en torno a los cuales pueden tratarse otros, y respecto de los cuales hay que encontrar mecanismos de ejecución, evaluación y consolidación. Dependerá de las partes involucradas, los modos de hacerlo y los modos en que los distintos sectores sociales hayan de participar, porque el diálogo y la negociación no se pueden tener a espaldas del pueblo, no se pueden tener sin participación popular, aun antes de llegar al paso último de la preparación de algún tipo de elecciones que muestre cuál es la voluntad popular, cuál es el proyecto político nacional de la mayoría y cuáles han de ser los gestores principales de ese proyecto.

Responder a cuándo y cómo puede iniciarse el diálogo es ya una cuestión menor. El cuándo no puede tener más que una respuesta: cuanto antes posible, siempre que la prisa no lleve al fracaso. Se requieren condiciones múltiples para que el diálogo no quede anulado como vía de solución. El cómo y el dónde lo tienen que decidir las partes principales involucradas en el conflicto con la ayuda de quienes puedan favorecer los primeros acuerdos de procedimiento. Pero si todo el proceso cobra velocidad, no podrá decirse que con el diálogo se quiere ganar tiempo para prepararnos mejor en orden a proseguir una guerra más amplia y profunda.

Bien miradas las cosas no puede desconocerse la mucha dificultad del diálogo, tanto por lo que toca a la materia sobre la que se va a dialogar, como por lo que toca al modo de emprenderlo y llevarlo a cabo. Incluso no pueden desconocerse los costos que para parte y parte puede traer el entrar en un diálogo, que

tal vez no llegue a ser comprendido por las propias bases. Por otro lado, el diálogo va a exigir concesiones, no alcanzar aquello que se había previsto al principio de la lucha o aquello que se estimaba como cosa ya adquirida para siempre. Los costos pueden ser altos. Pero es importante pensar también en los beneficios. Y los beneficios de la pacificación profunda, de la democratización auténtica, del reencuentro nacional, de un futuro consolidado en provecho de todos, son sin duda mayores. Ya sólo el esfuerzo de reflexionar sobre las propias posiciones intransigentes, de autocriticarse, de esforzarse creativamente por encontrar nuevas vías, será un ejercicio de formidables resultados para el país. Cuánto más si esa readecuación de la subjetividad que lleve a la reconciliación se transforma en resultados tangibles, que puedan irse apreciando en los próximos meses.

25 de noviembre de 1982

